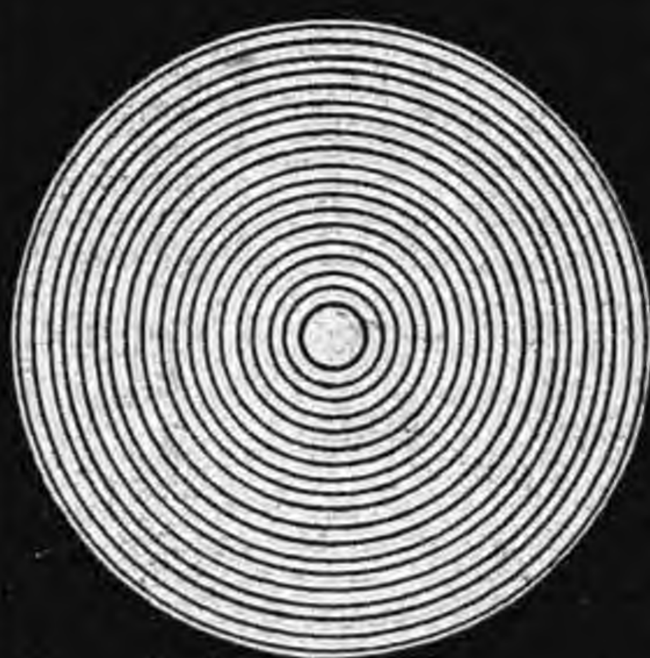
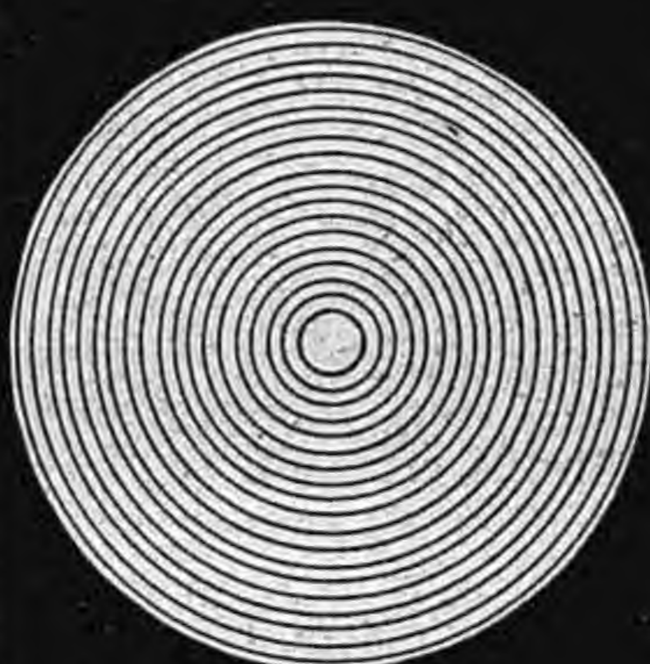
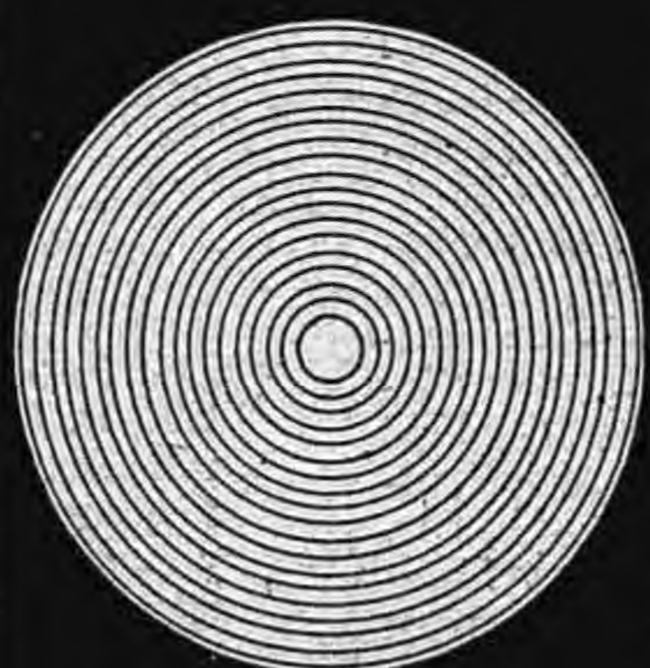


LUNES DE RE VOLU CION

NUMERO 56 · ABRIL 25









POR JOSE RODRIGUEZ FEO

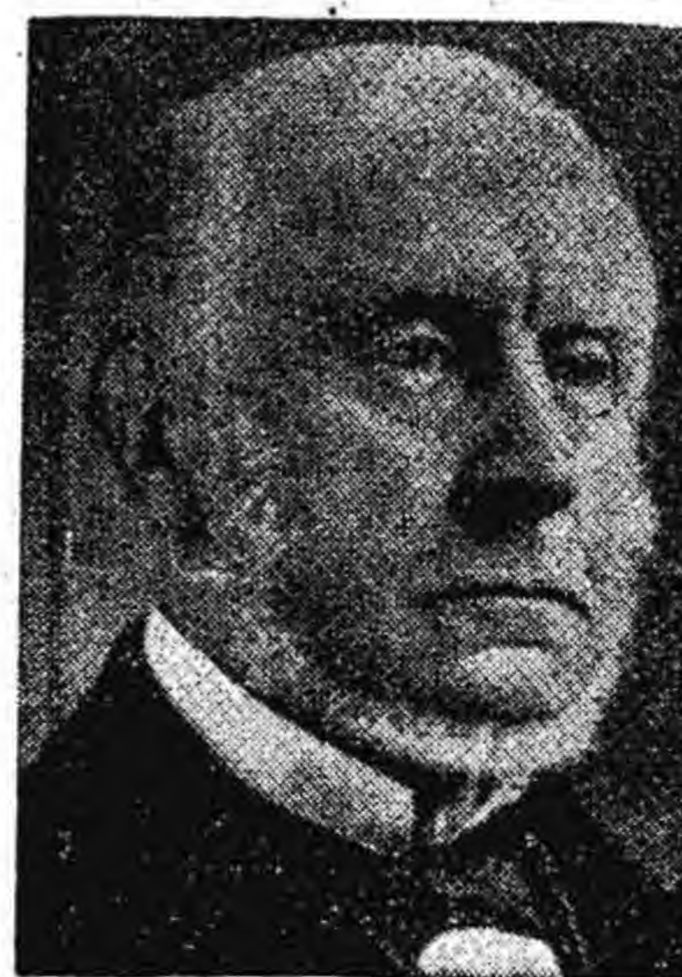
REFLEXIONES SOBRE LA SOCIEDAD CAPITALISTA NORTEAMERICANA *EN EL SIGLO XIX*

Al regresar de su puesto de Embajador en Inglaterra, Charles Francis Adams confesaba en un artículo, publicado en el **North American Review** de abril de 1871, el asombro y la extrañeza que le producía su país después del agitado período de la Guerra Civil. Anotaba que los cambios más portentosos se encontraban en la mayor combinación de facilidades de empresa, resultado de las grandes operaciones de la guerra, el enorme traslado de grandes masas de hombres de una región del país a otra, la suma de dinero gastado en los trajines bélicos, las operaciones financieras sin precedente, y el enriquecimiento de una nueva clase de capitanes de las finanzas a costa del Estado y de los sufrimientos de los combatientes. Estas eran lecciones, decía en su artículo, que jamás olvidarían los nuevos financieros y que, a la larga, tendrían en cuenta en la edificación de los nuevos imperios mercantiles.

Pero también reconocía que no era esta guerra la única causa. Una serie de eventos entre 1850 y 1860 habían iniciado ya la revolución industrial en Norteamérica. Durante estos años se empezaron a explorar los nuevos territorios más allá de las Montañas Apalaches; y los sucesores del Padre Hennepin y Sieur La Salle habían determinado la extensión de las minas de carbón y hierro. Los ambiciosos **entrepreneurs** de mediados del siglo XIX habían concebido también la forma de juntar estas dos fuentes de la revolución industrial: el ferrocarril. Por esta vía férrea se empezaba a romper el aislamiento en que había vivido la Nación y a moldearla en una unidad económica. El perfeccionamiento del freno de aire en 1868 dió comienzo a la era moderna del ferrocarril. En la década de 1850 Besemer en Inglaterra y Kelly en los Estados Unidos descubrieron el método para fabricar acero barato. Ambas cosas eran imprescindibles para el progreso del ferrocarril y de la industria. Las bases para el engrandecimiento industrial de Norteamérica estaban establecidas.

Los cinco años que siguieron al fin de la Guerra Civil, añadía con amargura Adams, "fueron testigo de algunos de los ejemplos más sorprendentes de desorden organizado, bajo fórmulas legales, que la humanidad ha tenido oportunidad de estudiar". Los potentados modernos del ferrocarril "han declarado la guerra, negociado la paz, aplastado los tribunales, las legislaturas, y Estados soberanos en obediencia sin precedente a su voluntad; han perturbado el comercio, agitando el dinero en circulación, imponiendo impuestos, desafiando así la ley y la opinión pública y ejerciendo también muchos atributos de soberanía. Unos cuantos hombres han llegado a controlar cientos de miles de líneas férreas, miles de hombres, millones de pesos de impuestos, y más millones de capital. El poderío que esto representa lo han ejercido independientemente del control del gobierno y del pueblo; lo hacían todo como bien lo lograban en sus principados los pequeños déspotas alemanes hace un siglo o dos". Esta descripción viene de un hijo de una de las más antiguas e ilustres familias de Boston, ex embajador de su gobierno en Inglaterra y conocedor de la historia de los Estados Unidos como pocos hombres de su época.

Pero Adams estaba señalando sólo el principio. Al finalizar el siglo, la era de la máquina ya había llegado a su apogeo en Norteamérica. La tecnología primitiva se había convertido en una tecnología desarrollada. El negocio pequeño se había transformado en el negocio en grande, el "big business". El empresario de antiguo que trabajaba hombro a hombro con sus ayudantes, fué reemplazado por las grandes corporaciones, y la competencia desarrolló tendencias monopolísticas.



Charles Francis Adams

Los Estados Unidos, que antes de la Guerra Civil, eran considerados un país dividido en regiones, se hizo consciente de los nuevos grupos y comenzó a verse dividido en campesinos, asalariados o "industrialistas" y hombres de negocios. La corriente inmigratoria europea se convirtió en el más grande desplazamiento de pueblos en la historia del mundo. Grandes centros urbanos surgieron sin plan alguno y se extendieron más allá de su lugar de origen. La era de la frontera con todos sus encantos primitivos pasó

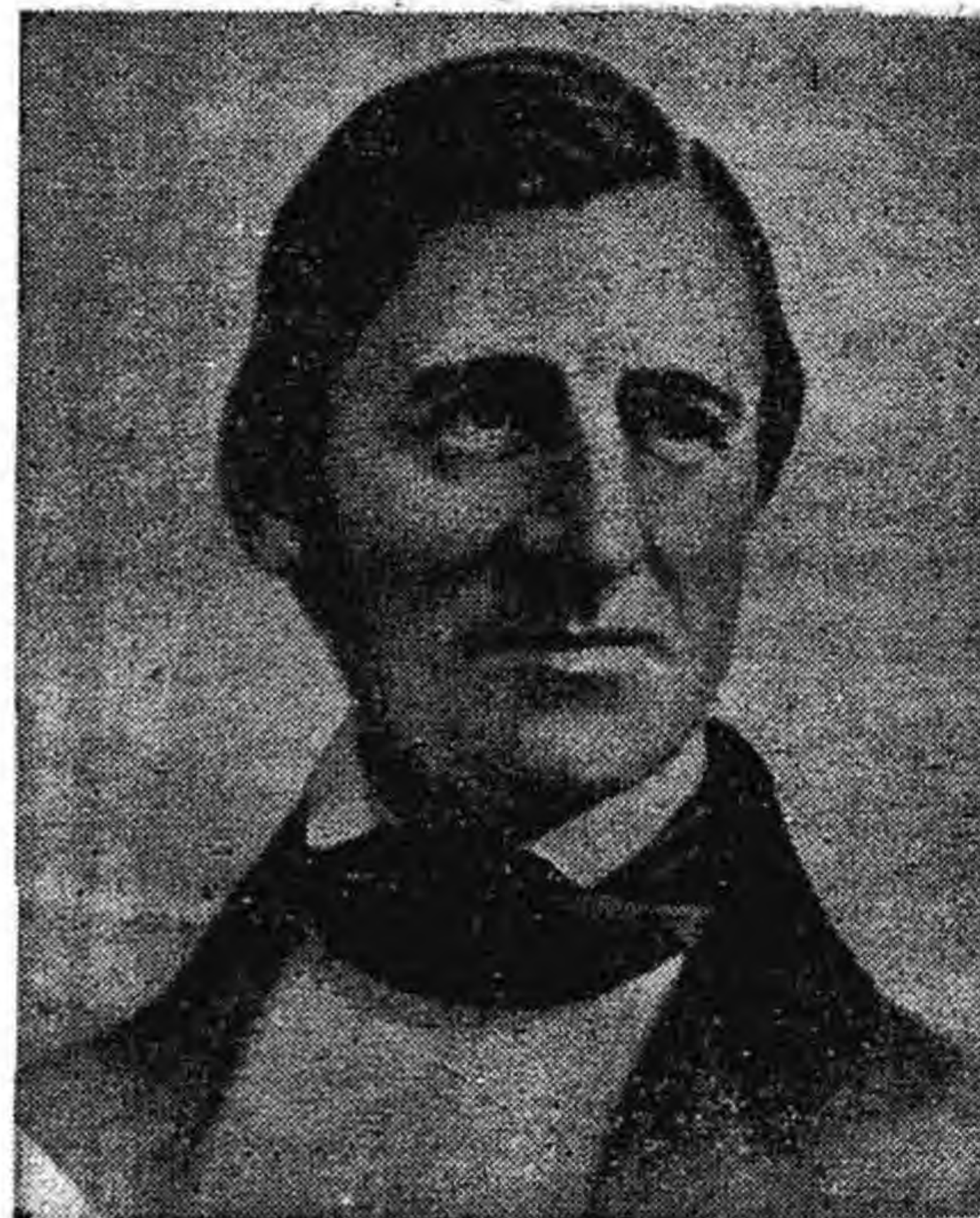
a la historia. Y con este cambio —tan bien estudiado por Frederick Turner— el carácter del norteamericano sufrió cambios profundos que conllevaban un acondicionamiento a las nuevas realidades de un mundo económico en desarrollo y perpetua reestructuración). El viejo Continente, de pronto, comprendió que un gigante industrial habia surgido en Norteamérica; cuyas fuerzas se extendian hacia el Este y el Oeste de los mares en busca de las ventajas económicas que pudieran caer en sus manos. El imperialismo americano se vislumbra ya como una amenaza mucho más real de lo que algunos habían calculado. Para estos soñadores el Nuevo Mundo era la esperada y nueva Jerusalén, la tierra bendita de paz y prosperidad. Estos europeos ingenuos eran descendientes de aquellos Puritanos que vinieron a Norteamérica con la esperanza de hallar un refugio de libertad y progreso.

Los predicadores de la fe romántica en la democracia anteriores a la Guerra Civil, habían señalado con entusiasmo que la Providencia habia reservado a Norteamérica para el florecimiento de las libertades civiles, y que, sin las restricciones de una autocracia eclesiástica o politica o de un sistema aristocrático feudal, la democracia lograria asentar alli su centro ideal. Quizás olvidaron que la Providencia también la habia dotado de riquezas naturales incalculables. El impacto del desarrollo económico de la nación fué modificando las viejas creencias en la democracia y enterrando en la desilusión algunos de los sueños más preciados de los primeros moradores del pais.

Porque todo no era como después de la Guerra Civil, ni en el pensar ni en el vivir del norteamericano medio. Aquel grupo de patriotas que se reunió en Filadelfia en 1787 para preparar la Constitución de los Estados Unidos tenian confianza absoluta en la razón humana; lección que bien aprendieron de las hazañas cientificas de Newton y de los triunfos de los philosophes franceses. Porque algunos eran escépticos y ya vislumbraban los peligros inherentes en una democracia popular, prepararon una ley constitucional con los necesarios contrapesos legales para impedir el triunfo de la mediocridad, o, la tirania de la mayoria ignorante. Pero eran realistas y empiristas, creían en la innata potencia del individuo para gobernarse a si mismo, y como la Revolución estaba comprometida con el principio democrático, los fundadores siguieron el diseño de Locke y fundaron un gobierno sobre el consentimiento del gobernado.

El tiempo confirmó que los pesimistas se habían equivocado ~~y que~~ con la llegada del hombre común, encarnado en Andrew Jackson, al poder, la democracia popular era un éxito; todos también comprendieron que la fase experimental había transcurrido y que la nación norteamericana tenía asegurada en su Constitución un instrumento de gobierno ejemplar. Así la fe democrática de los primeros pioneros se veía respaldada por un desarrollo continuo y feliz de la nacionalidad. El fundamento de esta fe era un supernaturalismo derivado del Cristianismo .El postulado básico afirmaba que Dios, el creador del hombre, también habia creado una ley moral para su gobierno y lo había dotado de una conciencia con la que comprender sus deberes ante esta ley. Soportando a la sociedad humana, como una roca a la montaña, está un orden moral que es la fuente de la verdad y del derecho. "La ley moral" decía Emerson en 1836, "reside en el centro de la naturaleza e irradia hacia la circunferencia". Para los cristianos esta ley moral era la voluntad de Dios; para el pequeño pero poderoso grupo de libre-pensadores, como Tom Paine, era la ley natural que enseñaba el deismo del siglo XVIII. De la ley moral y la ley natural surgia, según los teóricos de 1830, la ley en el sentido legal de las cortes. Esta era la ley que la Constitución y el gobierno consideraban por arriba del hombre, y su sueño era postular una nacionalidad donde la ley fuese absoluta e inapelable.

La aceptación de la doctrina del orden moral tenia sus raíces en la cultura protestante del siglo dieciocho y diecinueve. Y el sentimiento que hacía aceptable la ley de la Constitución se fundaba esencialmente en un postulado religioso de personalísima interpretación. Asi cuando la controversia sobre la esclavitud dividió a la nación americana en dos bandos irreconciliables y puso en tela de juicio la democracia del sistema politico americano, Emerson otra vez definia con agudeza el conflicto con estas palabras, en 1854, "Cuando el hombre ha llegado a este estado de cosas, no hay otra iglesia que su oración; ninguna Constitución sino un trato justo con su vecino; ninguna libertad más allá de su voluntad invencible de hacer el bien... pues la Constitución del Universo está de nuestra parte". Es evidente cómo, al considerar cuestiones morales de gran trascendencia, el individualismo norteamericano apelara a una ley universal y eterna que está por encima de la misma Constitución y de la cual el mismo sistema democrático fundado por los primeros padres de la nación resultaba como copia de un arquetipo ideal. Si las constituciones fallan, como ocurrió con la americana en la Guerra Ci-



Ralph Waldo Emerson

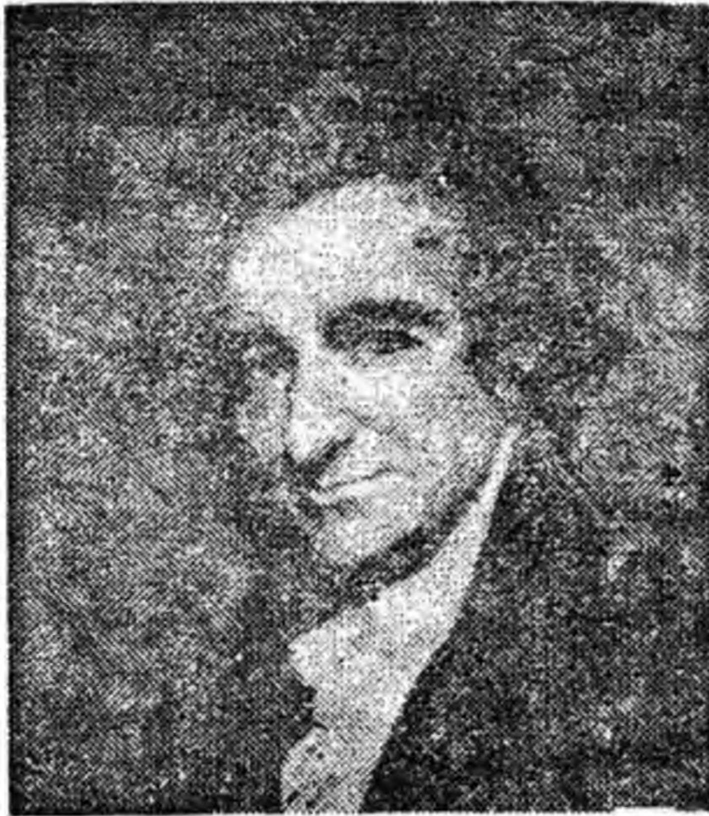
vil, habrá que reconstruirla según la experiencia humana y con una nueva luz sobre la naturaleza de esa ley moral.

Los sofismas de Emerson y de sus contrarios nos lucen anticuados en una época en que el prestigio del Cristianismo ha declinado y las filosofías naturalistas se han apoderado de las ciencias sociales. Hoy día, el absolutismo del siglo XIX contenido en la teoria de la ley moral está fuera de moda en los Estados Unidos. La fe en el carácter eterno del bien y del mal está en retirada ante el evance de la ética pragmática de la conveniencia. Nunca en el siglo XIX se erigió a la Constitución en simbolo sagrado y el debate entre Webster y Calhoun durante la Guerra Civil, destruyó toda posibilidad de ello. Pero quedaba ese articulo de fe que era la doctrina del orden moral y a la cual apelaba tan convincentemente Emerson en 1854. Esa fe supernatural, de raiz eminentemente religiosa, en un Universo ordenado y del cual la democracia era un reflejo imperfecto, pero con posibilidad de perfeccionamiento a través del esfuerzo del individuo dejado a sus propias fuerzas en un ambiente de libertad absoluta es, al fin y al cabo, lo que inspiraba al americano de mediados del siglo XIX; esa paz mental y sentido de seguridad que le llega al hombre que sabe que sus pies están puestos sobre la firmeza de una roca eterna.

La segunda doctrina de esta fe democrática de mediados de siglo era la del individuo libre. Esta doctrina también se fundaba en el orden moral. El camino que conducía de una a la otra era la filosofía del progreso. Esa filosofía enseñaba que el avance de la civilización se mide por el progre-

so de los hombres en comprender y traducir en acción individual y social los principios eternos que comprende la ley moral. El avance de la civilización es el progreso de la virtud, venía a decir esta enseñanza. Y según el hombre se vaya perfeccionando moralmente en su obediencia a la ley fundamental, se hará menos necesario el control externo de las leyes hechas por el hombre. Así Emerson llegaría a declarar que con la aparición del hombre sabio, expiraría el Estado. Y Thoreau se negaría a pagar un impuesto, cuya recaudación mantenía una guerra cruel contra México, ya que el hombre que ha alcanzado una madurez moral no está obligado a acatar las leyes injustas del Estado. Es la doctrina de la desobediencia civil que más tarde emplearía Mahatma Gandhi contra sus enemigos en la India.

Este individualismo absoluto era una bella doctrina, pero que tendría que chocar en América inevitablemente con las realidades de un mundo económico en desarrollo. La exaltación del individuo y la apoteosis de este concepto de la libertad eran el resultado de ciertos factores económicos y sociales. Antes de 1860, una pequeña población estaba dispersa sobre un vastísimo territorio. La empresa capitalista no estaba desarrollada más allá de ese estado en que primaba el pequeño empresario. La gran industria era algo que pertenecía al futuro. La frontera daba configuración al demócrata perfecto, simbolizado en el personaje Leatherstocking. de James Fenimore Cooper, que vivía en la libertad absoluta de los bosques y desconocía las leyes humanas. La conquista de la tierra virgen ponía el acento en la iniciativa y la libertad individual. Las oportunidades que ofrecía este mundo nuevo de seguridad económica, por el esfuerzo propio, parecían inagotables. Cuando las tradicionales bases de esta cultura del siglo XIX empezaron a tambalearse, vemos al hombre dándole la espalda a esta doctrina de libertad absoluta e individualismo sin restricciones para ir en busca de otro tipo de seguridad social y económica.

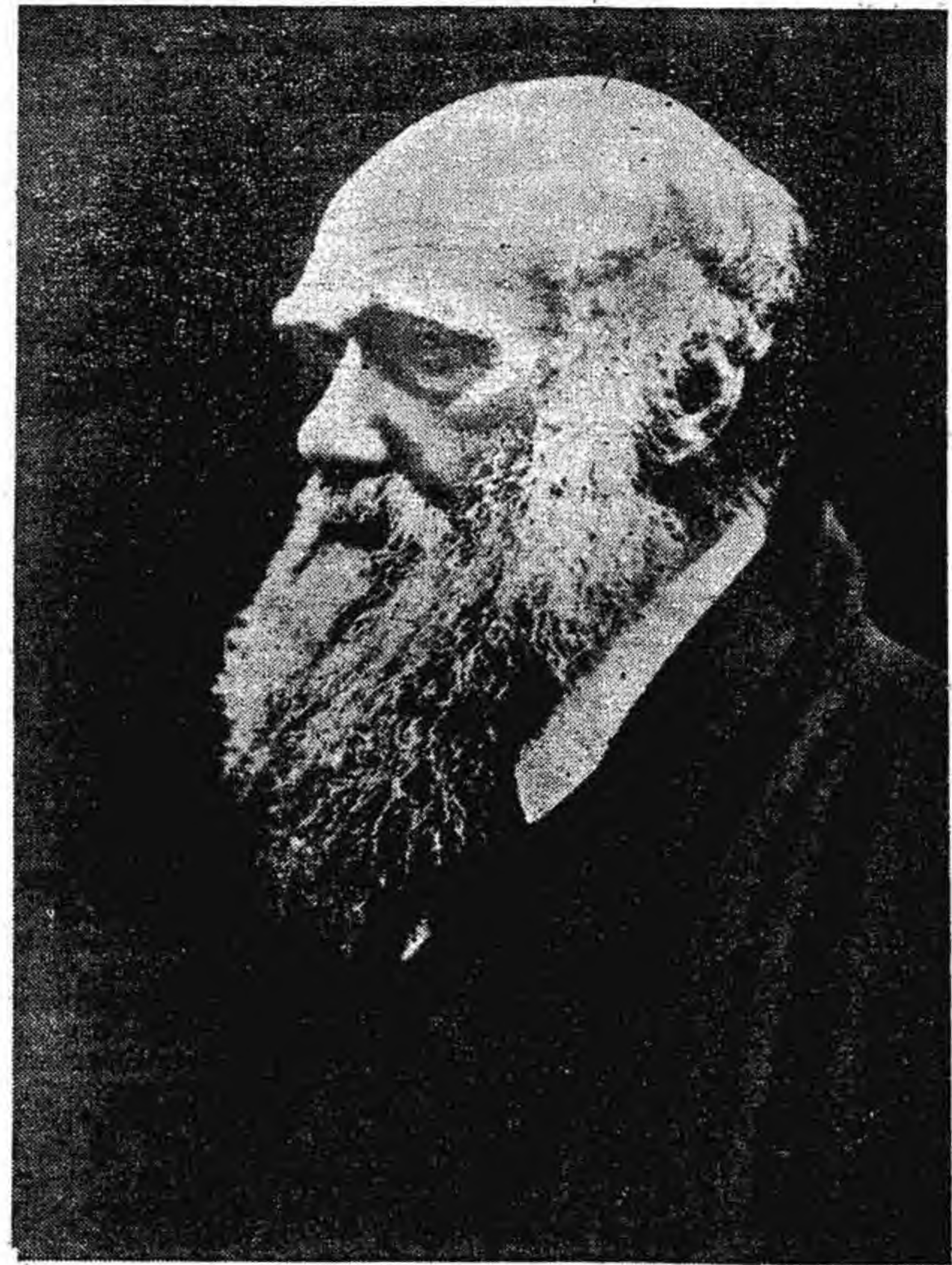


Tomas Paine

Lo que presentía Charles Francis Adams, en su artículo de 1871, era esa transición de una democracia idealista, donde el individuo y la libertad eran fines consagrados por un sistema político, a una realidad histórica donde los fundamentos de sus antecesores eran cada día más precarios y estaban asediados por una transformación social y económica que no dejaba lugar para sueños románticos. Poco a poco, los ideales democráticos del pueblo americano chocarían con el desarrollo despiadado de una civilización capitalista en la que no cabía otra consideración que la ley del más poderoso y el culto de la riqueza en sí misma.

Si la Guerra Civil había precipitado un estado de cosas latente en la misma configuración económica de la nación, nadie mejor para ilustrar la realidad del caso que uno de los máximos capitanes de la industria norteamericana. En junio de 1889, Andrew Carnegie, que había llegado como un pobre inmigrante a los Estados Unidos con unos centavos en el bolsillo, contribuía al **North American Review** con un ensayo titulado "La Riqueza". Era una formulación de la filosofía para la nueva época, un "Evangelio de la Riqueza". Jay Gould, Jim Fiske, Daniel Drew, eran los profetas de otro evangelio, el de "agarra y aprieta". Todo el capitalismo industrial sintió la influencia de esta filosofía de la competencia. Una generación posterior llamaría a estas décadas que siguieron la Guerra Civil la era de los "barones ladrones". Todos surgieron del pueblo más humilde, pero la única ley que gobernaba sus actos era la que convenía a sus intereses. Son, sin duda, los máximos traidores de la democracia popular en Norteamérica en el siglo XIX. Ya por 1900, estos capitanes de industria estaban convencidos que lo que le convenía a ellos era lo mejor para la nación. La moral de una sociedad mercantil y agrícola más simple no se acomodaba a las condiciones de una época caracterizada por la acumulación rápida del poderío industrial. Los nuevos capitanes no sólo crearon nuevas técnicas de explotación y promoción, sino nuevas costumbres y una nueva perspectiva mental para la sociedad.

La amalgama de creencias sociales que Carnegie tituló el "evangelio de la riqueza" surgieron principalmente de la filosofía de **laissez-faire** del siglo XIX. Durante el siglo que estudiamos no existía una regulación de la industria (con excepción de cierta política de tarifas aduanales) y ninguna interferencia por parte del Estado. Al individualismo absoluto del hombre de la frontera, esta teoría de "dejar hacer" era una condición natural y espontánea sin mayor trascendencia. Sólo fué con la aparición de los grandes industriales que vemos hasta qué límites podría llegar la aplicación de esta filosofía, irresponsable en su fundamento básico. Carnegie estaba formulando en su ensayo de 1889 una filosofía popular, que no sólo era aceptada sino implementada por los agricultores y los trabajadores más ambiciosos que veían en ella su superación individual hacia la



Charles Darwin

condición de dueños de la propiedad. Era esta filosofía una elaboración de la doctrina del individuo libre y resultado del descubrimiento de que tal doctrina tenía importantes utilidades en el nuevo capitalismo industrial.

Este "evangelio de la riqueza" se fundaba sobre una teoría de la propiedad, y alcanzó su más elaborado desarrollo en esa filosofía del sentido común escocés, que dominaba la atmósfera intelectual de la mayoría de las universidades norteamericanas después de la Guerra Civil. Tal sistema de pensamiento, en la opinión un tanto cínica de sus grandes líderes, el presidente James Mc Cosh de Princeton y Noah Porter, de Yale, hacía posible que el cristianismo evitara las caídas que representaba el idealismo del obispo Berkeley, de Kant y Emerson; y facilitaba a los hombres la forma de enfrentarse con las realidades del mundo. La sombra de Calvino se vislumbraba detrás de la filosofía del sentido común, que ya no concebía al hombre como un ser bueno cuyo perfeccionamiento era posible a través de su esfuerzo personal y fuera del alcance de las instituciones tradicionales de la sociedad. Era como un reverso de la filosofía optimista de Rousseau y de Emerson. Era también una interpretación realista de la naturaleza humana y una justificación pseudofilosófica de la avaricia capitalista, presta ya a absorber todo lo que cayese dentro del círculo de aquellos que mejor ejercían las fórmulas de hacerse rico como fuese. Noah Porter enseñaba, en 1884, la doctrina de que el hombre tenía necesidades de cuerpo y espíritu y que para su realización estaba impulsado por el instinto y el deseo racional. De ahí a decir que para suplir estas muchas necesidades del hombre se hacía necesaria la existencia de la propiedad sólo había un paso. De ahí a decir que el Creador **obligaba** al hombre a adquirir la propiedad y a **defenderla** por todos los medios posibles, había lógicamente otro paso. Y ya llegamos a la justificación religiosa de los derechos a la propiedad por parte de James McCosh en 1892: "Dios nos ha otorgado ciertos poderes y dones que nadie está en libertad de quitarnos, o, de interferir con ellos'

El corolario del derecho divino de la propiedad era la adquisición de la riqueza por la industria y el ahorro. Esta doctrina era muy vieja en Norteamérica y se remonta al siglo XVII. El puritano Cotton Mather enseñaba en sus sermones calvinistas que el hombre bueno tenía dos deberes: uno con Dios y otro consigo mismo. Ser diligente en su quehacer terrenal era un deber moral, un precepto de esa ley fundamental básica a las teorías del Calvinismo y más tarde a la fe democrática. Producir con energía, pero gastar poco y a la gloria de Dios, era la doctrina puritana del siglo XVII que santificaba el trabajo y el ahorro. Fué prédica durante el siglo XVIII del deísta Benjamin Franklin, creador del "Pobre Ricardo". Más tarde fué la consigna de los predicadores metodistas del siglo XIX que llevaron la doctrina a través de todo el interior del país. "Trabajad, que llega la noche", era el himno favorito del movimiento evangelista protestante.

Cuando el industrialismo surgió después de 1865, este código puritano de ascetismo mundano cobró una nueva significación. Mientras la selva levantaba una muralla casi infranqueable al pionero americano y la mano de obra era escasa estaba justificada esta reafirmación religiosa del trabajo. Pero cuando comienza la explotación de las grandes riquezas minerales, la vieja doctrina cobra un sentido inédito. Ya el énfasis no está en lo religioso sino en la acumulación de la riqueza en sí. Así un libro de ética muy en uso en las universidades norteamericanas durante la década de 1880, de D. S. Gregory, exhortaba a los estudiantes de familias pudientes: "Con el uso correcto de la riqueza, el hombre puede grandemente elevar y extender su obra moral Es, por tanto, su deber el tratar de conseguir la riqueza para este elevado fin y hacer uso diligente de lo que el Gobernador Moral le ha entregado para esta finalidad... El Gobernador Moral ha puesto el poder de adquisición en el hombre para una causa buena y noble". La lección no podía ser más interesante para aquellos jóvenes estudiantes que se preparaban para salir al mundo de la competencia con el ansia de emular a los "grandes héroes" de las finanzas y de la industria. Si a alguno de ellos le asaltaba algún escrúpulo de conciencia momentáneamente, ahí estaba esa ética antigua, pero con nuevas insinuaciones, para asegurarle en su labor la bendición de Dios. Dios ahora respondía al título de Gobernador, que, por rara coincidencia, también empleaba el hombre humilde al saludar a los nuevos ricos americanos.

Esta innovación de la puritana doctrina de la propiedad por parte de los evangelistas, después de la Guerra Civil alcanza su momento más increíble en las famosas conferencias del ministro bautista de Filadelfia, Russell H. Conwell. Sus **Acres de Diamantes** fueron repetidas en el Este y el Medio Oeste de los Estados Unidos más de seis mil veces. Tal popularidad nos inclina a pensar que su evangelio de hacerse rico pronto estaba en armonía con el pensar de la mayoría de la clase media norteamericana. "El dinero es poder. Todo hombre y mujer debe luchar por el poder, y hacer el bien una vez que lo haya conseguido. Miles de hombres y mujeres se hacen ricos honestamente. Pero a menudo se les acusa por parte de un grupo de personas envidiosas, perezosas y fracasadas, de ser deshonestos y opresivos. Yo os digo, ¡haceos ricos, haceos ricos! Pero conseguid el dinero honestamente, o será una maldición terrible". La versión de finales de siglo XIX de esta exhortación a la riqueza y el poder decía así: Si Dios llama a un hombre para que haga dinero en su quehacer terrenal, éste retendrá la riqueza que adquiere como administrador del Señor. Y en 1900 el Obispo Lawrence de Massachusetts daba el toque final a la fórmula moderna, cuando argumentaba: "A la larga, es sólo al hombre de moralidad que le llega la riqueza. Creemos en la armonía del Universo de Dios... La Santidad está unida a la riqueza... La prosperidad material está ayudando a hacer el carácter nacional más dulce, más alegre, más desinteresado, más cristiano. He ahí mi respuesta a la pregunta sobre la relación entre la prosperidad material y la moral". El Obispo ya había transformado con éxito al Dios del puritano Cotton Mather en el servidor del capitalista de su época.

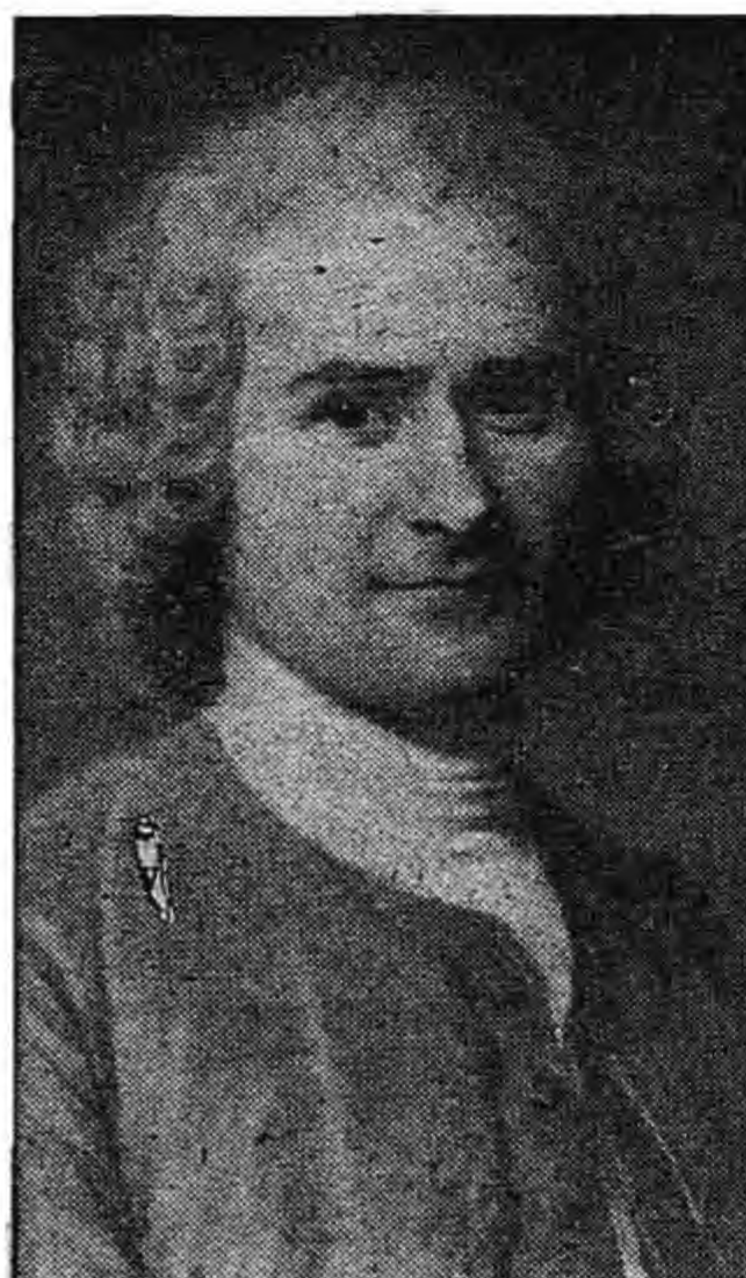
Esta era la formulación cristiana del "evangelio de la riqueza" del siglo XIX en su punto culminante. Este cinismo implícito en las palabras del obispo Lawrence no molestaría en lo más mínimo el pensamiento de Andrew Carnegie ya que su doctrina de hacerse rico prescindía de las ingenuas justificaciones de los obispos protestantes. Con una franqueza que nos admira, Carnegie aceptaba todas las ventajas y los peligros inherentes al nuevo capitalismo americano. Después de enumerar los cuatro fundamentos de la sociedad capitalista: individualismo, la propiedad privada, la Ley de la Acumulación de la Riqueza, y la Ley de la Competencia, declara que estas leyes han hecho llegar la riqueza a aquellos que más habilidad y energía han desplegado en la vida. Aunque parezcan injustas e imperfectas al idealista, son las mejores y más valiosas que la humanidad ha elaborado. Y, haciéndose eco de Darwin, agrega que aunque la ley parece dura para el individuo es lo mejor para la raza, ya que asegura la supervivencia del más apto. "Aceptamos y saludamos como condiciones a las que debemos acomodarnos: la gran desigualdad del medio, la concentración de los negocios, industriales y comerciales, en las manos de unos pocos, y la ley de la competencia entre éstos, por ser no sólo beneficiosa, sino esencial al progreso futuro de la raza",, así termina, con estas palabras antológicas, su ensayo.

Carnegie también tomó en consideración la distribución desigual de la riqueza en la época que le tocó vivir. Su solución es digna de comentarse. Después de aceptar y sancionar como inevitable el desarrollo de la sociedad capitalista, dice Carnegie que es el deber del hombre rico vivir sin ostentación, de proveer moderadamente las necesidades de aquellos que dependen de él, y considerar que toda aquella riqueza que le sobre queda en su poder para emplearla en la manera más beneficio-

sa a la comunidad —el hombre rico se convierte así en el tutor de sus hermanos más pobres, ofreciéndoles su sabiduría, su experiencia y su habilidad administrativa. En este principio veía "el antídoto para la falsa distribución del capital, la reconciliación del rico y del pobre— un reinado de armonía que se diferencia del ideal del Comunismo en que requiere una evolución más avanzada de las condiciones existentes, y no la total destrucción de nuestra civilización". Como fin, la búsqueda de la riqueza es innoble, pero no como instrumento para otros fines sociales más justos. La vieja burla del comerciante ha desaparecido; el capitalista se ha convertido en el príncipe.

Lo que en realidad ocurría en estos finales del siglo XIX no preocupa a Carnegie, ya que en su pseudofilosofía están previstos todos los abusos y justificados por la ley de la supervivencia del más fuerte. Así, mientras este evangelio recibe la aceptación de toda la sociedad burguesa, sucedían el acaparamiento desafortunado del oro por parte de Fiske y Gould en 1867, las estafas del Crédit Mobilier, los escandalosos manejos del dinero del pueblo por el presidente Grant, la guerra entre poderosos grupos de bucaneros del ferrocarril, la explotación del trabajador inmigrante indefenso, los trucos que dejaban sin valor los bonos comprados con el ahorro de los pequeños inversionistas, y la resistencia terca y efectiva de las grandes corporaciones a toda legislación social por parte de los Estados.

El capitalismo norteamericano, en las últimas tres décadas del siglo XIX no estaba a la defensiva. Un triunfo seguía a otro triunfo. Las depresiones económicas que siguieron a 1873 y 1893 destruyeron a muchos individuos, pero no suscitaron graves dudas en la mente americana. En 1900 el cielo estaba despejado; los ataques del proletariado en 1877, 1886 y 1894 a nada habían llegado y la cruzada de Bryan por la inflación de 1896 fracasó. El "evangelio de la riqueza" fué el centro de una filosofía capitalista para el individuo y la sociedad. Era una fe agresiva que subyugaba tanto al pequeño propietario como al pequeño comerciante; tanto al trabajador de la ciudad como su ambicioso compañero en el campo. Era el sueño de un paraíso terrenal donde el más hábil y menos escrupuloso podría, con energía y ahorro, convertirse de la noche a la mañana en un Carnegie, un Frick o un Morgan. Era, en efecto, el sueño dorado de todo jovenzuelo llegado del Viejo Continente a las playas de esos Estados Unidos que, desde lejos, vislumbraba como la nueva tierra de promisión. Esta fe y esta filosofía se convirtieron durante este siglo de engrandecimiento económico en la sirena más persuasiva en la vida del norteamericano. Llenó los caminos de jóvenes campesinos que buscaban la gloria y la fortuna en la gran ciudad. Dejó vacíos los pueblos y los campos de Europa. Persuadió a los de mejor educación en la nación que las más grandes recompensas estaban en el mundo de los negocios. Enseñó a los ambiciosos que el poder residía en el dinero y no en la política. Penetró al taller y paralizó el esfuerzo de los líderes obreros que intentaban una cruzada justiciera para el trabajador. ¿Quién quería ser líder obrero cuando, en una Norteamérica en expansión y desarrollo, se podía ser un capitán de industria?



Juan Jacobo Rousseau



Benjamín Franklin

Esta filosofía de la riqueza, simbolizada en los grandes financieros de finales del siglo XIX, descubre los incentivos que una sociedad capitalista en expansión ofrecía al hombre medio norteamericano. Como todavía no se habían agotado las posibilidades de enriquecimiento rápido y las oportunidades de una economía en expansión parecían incalculables, toda la nación creía ciegamente en un sistema de vida que parecía más bien una bendición del Señor, que la natural evolución de los recursos económicos y sociales de un territorio en vía de explotación.

Más tarde, en el siglo XX, cuando dos Guerras Mundiales ponen en duda las bondades del sistema capitalista y la habilidad del individuo en forjarse egoístamente su destino en esta tierra de promisión, surge la crítica del sistema y nos encontramos con la intervención decidida del Estado en los manejos de las finanzas y de la política del país. Este proceso de revisión culminará en el "New Deal" de Franklin Delano Roosevelt y su filosofía política representa para Norteamércia una posible —aunque remota— solución a problemas que ya sobrepasan por su complejidad todo intento individualista. La tendencia pseudo socialista del Estado es una realidad en Norteamérica y así lo han visto los más agudos historiadores de su economía. Examinar esta cuestión requiere un ensayo aparte.



Franklin Delano
Roosevelt

CON BLAS DE OTERO

por manuel
diaz
martínez

En la rue de Champs de Mars número 5, en uno de los barrios más encantadores de París, encaramado en el quinto piso de un viejo edificio de esos de que siempre nos hablan las historias de los artistas bohemios, se halla el estudio de Ibarrola y Duarte, dos pintores españoles muy amigos de los cubanos y de nuestra Revolución. Allí, una tarde, precisamente hablando de los problemas de Cuba, del proceso revolucionario, de la alegría contagiosa de nuestro pueblo y de su apoyo sin reservas al Gobierno de la Revolución, conocimos a Blas de Otero. No muy alto, "seco de carnes, enjuto de rostro", de aire reservado y muy parco de palabras —es todo oídos, aunque no lo confiese—, Otero nos causó grata impresión. Fuimos presentados, y una sonrisa amable y cansada acogió nuestro saludo.

Un rato más estuvimos hablando de política y revolución, pero pronto nos trasladamos al campo de la poesía. Otero nos preguntó por Nicolás Guillén. El último libro de Guillén —"La paloma de vuelo popular"— no le parece lo mejor de nuestro cubanísimo poeta, y en eso estamos de acuerdo. Conoce muy poco de la actual poesía cubana.

En estas fablas andábamos, cuando se nos ocurrió que podíamos hacerle algunas preguntas a Otero, a fin de que nuestros lectores de La Habana conociesen mejor su pensamiento acerca de la poesía española de hoy y de otros tópicos de interés. El accedió gustosamente a esta inesperada entrevista, y he aquí que le hicimos la primera pregunta:

—¿Cómo ve usted la poesía actual en España?

—Aumenta cada día su interés, pues manteniendo, por regla general, un buen nivel estético, acentúa cada vez más su intención social, su espíritu combativo.

—¿Qué poeta o poetas de la Generación del 98 ó de la del 27 influyen más decisivamente en los jóvenes poetas españoles de ahora?

Otero rápidamente nos contesta:

—Antonio Machado, al menos como ejemplo de vida y obra —incluídos sus últimos escritos en prosa, donde tanto se puede aprender.

Se nos ocurre una pregunta, cuya respuesta tiene que ser inevitablemente polémica:

—A su modo de ver, ¿cuál es la orientación correcta de la poesía actual?

—La poesía —nos dice Otero—, siempre, como todas las demás cosas de la vida, debe ponerse al servicio del hombre y estar atenta a la pulsación de cada momento histórico y con la mirada en un mañana más venturoso y cierto. En momentos como el presente, esta función de la poesía se agudiza y cobra mayor relieve, de modo que el poeta que sepa enfrentarse con los problemas y aspiraciones de su época se sitúa en el lugar más noble que pueda ocupar el artista.

—¿Qué es la poesía para usted?

—Una manera de hablar; no hay otra poesía que los poemas; una de tantas cosas que hace el hombre sobre la tierra.

—Entonces usted es de los que estima que la poesía, para ser legítima, no debe desvincularse de la realidad social del hombre.

—Por supuesto. Si se desvincula de esa realidad es cuando sería espuria. La realidad social es inesquivable y mucho más hoy.

Siempre es interesante conocer la opinión de los poetas acerca de su propia obra, y no nos sustraemos al deseo de hacer a Otero algunas preguntas al respecto.

—De sus libros, ¿cuál es el que usted considera el más importante?

—El aparecido hace poco aquí en París —por estar vedado en España— bajo el título "Parler clair", y que edita ahora la Universidad Nacional Autónoma de Méjico con su título "En Castellano".

—¿Cuáles son los poetas que más han determinado en su obra?

—Siempre he preferido, sobre todo, nuestro Romancero y el Cancionero tradicional y popular.

—¿Piensa editar algún nuevo libro próximamente?

—Aparecerán en breve, editados por la Editorial Losada, de Buenos Aires, dos volúmenes que comprenden casi toda mi obra.

Por último, no pudiendo dejar de conocer cuál es el criterio de este poeta español, sin duda uno de los más importantes de su generación, acerca de nuestro proceso revolucionario, le preguntamos al efecto, y nos responde:

—Admirable y digno de que sea imitado en más de un país.

La tarde se acaba y, tanto Otero como nosotros, tenemos que marcharnos. Ibarrola y Duarte nos despiden.

París, marzo 18, 1960

blas de otero

en castellano

poemas inéditos

RUANDO

CIUDADES
que vi, viví, rondando calle y plazas,
cimiento y ramo alegre
—Madrid Bilbao París o Barcelona—
del edificio de mi fe
vivida,
gente
cruzada, fondo de las tiendas,
portales, todo
lo que arrastré con lluvia o sol o viento,
ruando
como
un perro de la calle,
amigo de la calle,
camarada
de la calle.

CENSORIA

SE DURMIO en la cocina como un trapo.
No le alcanzaba el jornal ni para morirse.
Se dejó caer en la banqueta como un trapo
y se escurrió por el sueño, sin olvidar...

Usualmente, paren los humildes esas niñas
(escrofulosas
que portan únicamente una sayita deshilachada
(sobre los huesos.
¡Salid corriendo a verlas, hipócritas!
¡Escribid al cielo lo que aquí pasa!
¡Sobornad a vuestros monitores para admirar esto!
Españolitos helándose
al sol —no exactamente el de justicia.

Voy a protestar, estoy protestando desde hace
(mucho tiempo;
me duele tanto el dolor, que, a veces,
pego saltos en mitad de la calle,
y no he de callar por más que con el dedo
me persignen en la frente, y los labios, y el verso.

CORAL A NICOLAS VAPTZAROV

LA SOLEDAD se abre hambrientamente,
ah, todo alrededor es hombre y fronda
de hombro arraigado en la raíz más honda:
la tierra, firme, descieladamente.

Ah noche, y noche y noche en pecho y frente,
tapia del mar, barrido a la redonda
por ola y ola y ola en ronda y ronda
azul y blanca: roja de repente.

Todos los nombres que llevé en las manos
—César, Nazim, Antonio, Vladimiro,
Paul, Gabriel, Pablo, Nicolás, Miguel,
Aragón, Rafael y Mao—, humanos
ángeles, fulgen, suenan como un tiro
único, abierto en paz sobre el papel.

OROS SON TRIUNFOS

¡OJO!
Estados Un[illegible] sale
de espadas
Para defender [illegible]





NO ME LLAMES POR MI NOMBRE

POR JAMES PURDY
TRADUCCION DE EDMUNDO DESNOES

Ahora se llamaba Mrs. Klein. Había algo irritante en tener que llamarse así. Todo lo referente a su marido le agradaba, menos su nombre, el que nunca le había gustado. Se había enamorado de él antes de oir su nombre. Cuando supo que se apellidaba Klein, su descontento no tuvo límites. Los nombres son importantes, y después de seis meses de matrimonio seguía disgustada con su apellido. Cada día empleaba más su nombre de soltera. Entonces comenzó a usar su nombre Lois McBane en todas las cartas. Su esposo casi nunca veía llegar el correo y aunque se hubiese enterado que ella estaba usando su antiguo nombre, tal vez no le hubiese importado lo suficiente como para sentirse ofendido.

Lois Klein, pensaba acostada junto a su esposo, no es un nombre para una mujer como yo. No refleja mi personalidad.

Una noche estaban en una fiesta y después de haber tomado más que de costumbre, le dijo a su esposo en medio de sus divagaciones: —Me gustaría que te cambiaras el nombre.

Mr. Klein no comprendió. Pensó que era un comentario provocado por el alcohol y que no se refería a nada en concreto; era como si le hubiese dicho: "Quiero que empieces a quitarte la cabeza con regularidad". El comentario no tenía sentido, lo dejó pasar.

—Frank —dijo ella—, debes cambiarte el nombre, ¿me oyes? No puedo seguir llamándome Mrs. Klein.

Varias personas oyeron sus palabras y lanzaron una carcajada para demostrarle que apreciaban la broma.

—Si ustedes se llamaran Mrs. Klein —dijo dirigiéndose a los hombres que reían—, tampoco les gustaría.

Como todos eran hombres, las carcajadas fueron aún más sonoras.

—Pero se casó con él, ¿no es cierto? —dijo uno de los hombres—. Así que tendrá que quedarse con ese nombre.

—Si pudiese cambiarse el nombre —dijo otro— ¿qué otro nombre escogería?

Frank cubrió con la mano el vaso de su esposa, como para indicarle que ya era hora de regresar a la casa, pero ella se lo arrebató y comenzó a beber con avidez.

—No sé qué otro nombre me gustaría —dijo perpleja.

—Bueno, no te cambiarás el nombre —dijo Frank—, y estos caballeros lo saben bien.

—¿Lo saben? —le preguntó—. Bueno, la verdad es que no sé qué otro nombre preferiría —esta vez dirigiéndose a los hombres.

—No luces mucho como Mrs. Klein —dijo uno de los hombres echándose a reir de nuevo.

—¡Ustedes no son buenos amigos! —gritó ella.

—¿Qué somos, entonces? —preguntaron.

—¿Por qué no luzco una Mrs Klein? —preguntó con curiosidad.

—¿Es que nunca te has mirado al espejo? —contestó uno de ellos.

—Deberíamos marcharnos —dijo el esposo.

Se quedó sentada como si acabase de oir la última de las muchas posibles verdades acerca de sí misma.

—¿Cómo podré salir de aquí, Frank? —dijo Lois.

—¿Salir de dónde, mi amor? —acertó a preguntarle, aunque se sintió de pronto tan triste como si estuviese muerto.

—Salir de donde estoy metida —le dijo.

Los hombres se habían dispersado y ahora reían entre ellos. Frank y Lois no oyeron las risas.

—No me voy a cambiar el nombre —dijo él, como para sí mismo. Luego dirigiéndose a ella. —Yo sé que está mal decirle a los borrachos que su deseo es una locura, pero te lo estoy diciendo ahora y es posible que tenga que decírselo a los demás hombres.

—Tengo que cambiarme el nombre, Frank —dijo ella—. Tú sabes que no soporto esta tortura. Es demasiado dolorosa y ya no soy joven. Estoy envejeciendo y engordando.

—Mi esposa nunca será vieja y gorda.

—Es que simplemente no puedo seguir llamándome Mrs. Klein y hacerle frente al mundo.

—Cuando quieras puedes dejar de llamarte así —dijo Frank—. ¿Quieres que me marche?

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué pretendes con eso de marcharte?

—No quiero oir hablar más de este asunto o recogeré mis cosas y me iré para siempre.

—No sé de que estas hablando. Tú sabes que no puedes dejarme. ¿Qué sería de mí, Frank, a mi edad?

—Ya te dije que mi esposa nunca envejecería.

—Si tú me dejas no podría encontrar a nadie, Frank.

—Entonces deja de hablar de cambiarnos el nombre.

—¿Cambiarnos? No sé a qué te refieres cuando hablos de nuestro nombre.

Le retiró la bebida de la mano y cuando ella protestó le dio una bofetada.

—¿Qué significa esto? —inquirió Lois.

—¿Vienes para casa, Mrs. Klein? —dijo golpeándola de nuevo.

El labio, cortado por los dientes, comenzó a sangrar.

—Frank, estás abusando de mí —dijo, con los ojos muy abiertos y en blanco, como si estuviese saboreando un poco de sangre con ginebra y agua gaseosa.

—Mrs. Klein —dijo él como un idiota.

Era una de esas fiestas prolongadas y anodinas donde nadie conocía a nadie y donde se podría arrojar a una persona por la ventana sin despertar el menor interés hasta la mañana siguiente en que se descubriría el accidente.

—No regresaré a casa llamándome Mrs. Klein.

Frank le pegó de nuevo.

—Frank, no tienes derecho a pegarme simplemente porque odio tu nombre.

—Si odias mi nombre, entonces ¿qué puedes sentir por mí? ¿Te vas a comportar como mi esposa o no?

—No quiero tener hijos, Frank. No quiero pasar esos trabajos a mi edad. De ninguna manera.

La derribó al suelo de un golpe; pero esto no pareció sorprenderlos y continuaron hablando.

—No sé qué debo hacer —dijo Lois, llorando un poco—. Desde luego comprendo lo que esperan de mí.

—Mira, o sales de aquí llamándote Mrs. Klein, o yo tendré que buscar una habitación en un hotel. Aquí tienes la llave de la casa —dijo arrojando la llave al suelo.

Varios hombres comprendieron lo que estaba ocurriendo. Al principio pensaron que eran juegos de casados y ahora comenzaban a rodearlos en coro. Había algo vacío y rígido en el asunto. No les interesaba. Sin embargo, algo los retenía allí. Además, a Mrs. Klein se le había subido el vestido y se le veían las piernas, pero no eran muy hermosas.

—No puedo decidir si seguiré viviendo con ese nombre —dijo dirigiéndose a los hombres desde el suelo.

ilustración de tony évora

WHAT IS REALLY HAPPENING IN CUBA?

James Baldwin
Simone de Beauvoir
Frank London Brown
Truman Capote
John Henrik Clarke
Prof. Robert G. Colodny
Richard Gibson
Dr. Maurice Green
Edmundo Haddad
Rev. Donald Harrington
John Killens
Sidney Lens
Norman Mailer
Julian Mayfield
Elva dePue Matthews
Prof. Eugene Noble
Rev. [illegible] Papandrew
James Purdy
Joseph Qui[illegible]
Alan Sagner
Jean Paul Sartre
John Singleton
Robert Taber
G. A. Thurston
Kenneth Tynan
Dan Wakefield
Sidney Weinstein
Robert F. Williams

Waldo Frank, Chairman
Carleton Beals, Co-Chairman
Fair Play for Cuba Committee

From Havana come charges of sabotage, economic aggression, counter-revolutionary intrigue, air raids on Cuban cane fields, sugar mills, homes. Against this background, the great news agencies and a powerful section of the U. S. press raise a barrage of equally grave accusations. What can we believe in the welter of conflicting reports?

"WE ONLY REPORT THE FACTS," U.S. NEWSMEN ARE ACCUSTOMED TO SAY. IS THIS TRUE? COMPARE THE FOLLOWING "FACTS."

COMMUNISM: "A pro-Communist state has been established in Cuba with the clear objective of bargaining with Soviet Russia for the munitions of war . . ."—Sokolsky in the New York Journal-American. True or false?

False. Not a shred of evidence has been produced to support such allegations as the one above, charges consistently used to create a smoke screen behind which the social objectives of the Cuban revolution can be attacked and sabotaged. Cuba's recent trade pact with the Soviet Union represents an effort to find new markets for Cuban sugar, and to obtain, not arms, but agricultural implements and industrial machinery for which credit has been denied in the United States. Many other American republics trade with the Soviets—as does the United States itself. Cuba's Communist Party is a tiny minority, with about 16,000 members. In the 1959 labor elections, Communist candidates won in only eight of the 243 locals of the 500,000-member Sugar Workers Federation, and *none* was elected to the executive council of the national labor organization, the C.T.C. In international affairs, Cuba finds its natural affinity with the other small, under-developed nations of the world. It is true that a profound social and economic revolution is in progress in Cuba, and that the sweeping reforms that are being inaugurated undoubtedly must affect the one-billion-dollar U. S. Investment in the island. But only those who equate Communism with all forces that threaten the status quo of property interests will find the Cuban Revolution "Communistic." Efforts to drive a wedge between the Roman Catholic Church and the Revolutionary Government, on the issue of Communism, have been forcefully repulsed by the Church itself. To quote the latest of several recent declarations on the subject, Monsignor Manuel Rodriguez Rozas, Bishop of Pinar del Rio, says: "There is *perfect* harmony between the Church and the State." "Our Revolution," says Fidel Castro, "is *not* Communist but *humanist*."

CONFISCATION: "In Cuba, Castro is stealing American property with impunity."—U. S. News & World Report.

False. Although the word "confiscation" has often been used by the press in a context which would suggest illegal seizure, nothing has been stolen from any American —or any Cuban. The Agrarian Reform Law, designed to diversify Cuban agriculture and to give 100,000 landless peasants a stake in their own rich argricultural country, conforms in all respects with international law and the practice of all civilized countries. In some cases, it has been necessary to put property under the supervision of government representatives (a process known as intervention), pending a decision as to formal, legal expropriation. Owners whose property is to be expropriated (much as it would be acquired by condemnation in the United States, to meet any legitimate public need) have been promised compensation in 20-year government bonds, bearing interest at the rate of 4½%. This compares favorably with, for example, the U. S. land reform program imposed on Japan by General MacArthur after World War II, providing for compensation in 24-year bonds at 3⅓%. The Cuban bonds have been printed and await only the proper signatures.

CHAOS: "All that now remains is for Castro to give the word, and the Terror, the ruthless hunting down and shooting of Fidel's opponents, will begin."—Newsweek.

False. Despite the above prediction, Nov. 3, 1959, and the incessant references to "terror," "chaos," and "dictatorship" in the U. S. press, the great work of revolutionary reform and reconstruction now in progress in Cuba is going forward in an atmosphere of extraordinary optimism and energy, as any tourist can testify. The island is being governed by a provisional government under the Constitution of 1940, which is notable in the Hemisphere for its liberality. Cubans—and visitors to the island—remain freer in many respects than do U. S. citizens. For example, no police permit is required for a public meeting or demonstration, as in New York City. There is no censorship, not even a libel law. A foreign newsman needs no special visa, as he would in the United States (a tourist card will do), and no restriction is placed on his movements. Even the air raids on Havana—the occasion of real *terror*, and in one instance of the death of two Cubans and the wounding of 45—have failed to force the government to take any but the most obviously urgent security measures. Despite an attempted invasion from Santo Domingo, a widespread counter-revolutionary conspiracy, and numerous small acts of sabotage and terrorism on the part of former Batista henchmen, the government has refrained from invoking the death sentence against convicted counter-revolutionaries. Newsweek notwithstanding, not one of these has been shot.

"WHAT HAVE WE DONE . . .?" asks a new and hopeful generation of Cubans, viewed with hostility in Washington and Wall Street, accused of "impudence" for seeking their independence, threatened with economic and diplomatic "isolation" in the Hemisphere.

Perhaps their crime is their youth. (The average age of the Cuban revolutionary leaders is 29.) Perhaps they have aspired toward too much, too soon. (Three thousand low-cost housing units built in the first year of revolution, more than 7,000 classrooms, hundreds of miles of new roads, 500 flourishing agricultural co-operatives, thousands of jobs created in new industries established through the voluntary contributions of a million Cuban workers.) Perhaps the explanation is simply that there are, in the United States, powerful interests bent on frustrating the primary purpose of the Revolution: to give Cuba back to the Cubans.

It is true that the young leaders of the Cuban Revolution have little patience with considerations of profit and loss, in the face of poverty and human need. Nor have they any saving experience with the amenities of public relations, or the intrigues of dollar diplomacy, or the sophistry of journalistic "facts" which distort truth. But if so, they are in the American tradition. Certainly they deserve a hearing. This much the American tradition owes them. This much we, as Americans, owe them.

Would you like to know more of the *truth* about revolutionary Cuba as it is today?

ADDRESS YOUR INQUIRIES TO:

THE FAIR PLAY FOR CUBA COMMITTEE
BOX T249 TIMES, NEW YORK

James Purdy es un escritor valiente. Mientras otros escritores norteamericanos tratan de dorar la píldora, presentando los aspectos exóticos y sensuales de la vida nacional. Purdy escribe sin amortiguar el golpe. Tennessee Williams recubre la violencia y la frustración sexual del norteamericano con poesía y fórmulas freudianas, Truman Capote describe lo monstruoso con mirada de esteta; Jack Kerouac se consuela del desarraigo con la pasividad del Budismo Zen. Purdy habla de la vida norteamericana con realismo descarnado. Sabe lavar la ropa sucia en sus libros.

Su fidelidad al realismo se fortaleció al contacto con la cultura española.

Purdy vivió en Cuba, y ha viajado extensamente por México y España. Pero lo que retuvo su pupila no fueron los toros o los sombreros mexicanos, sino la cultura española.

En La Habana leyó por primera vez "La celestina" y "Don Segundo Sombra". Su prosa tiene la sencillez huesuda de uno de sus libros favoritos: El lazarillo de Tormes. Una de las injusticias de la crítica moderna, según Purdy, es haber excluído a Pío Baroja de la compañía de los grandes novelistas de este siglo.

Durante el año de 1946 Purdy fue profesor de historia de "Ruston Academy", a donde la colonia norteamericana enviaba a sus hijos, así como la burguesía cubana que quería pisarle los talones. "La alta burguesía que conocí en Cuba vivía de espaldas a las realidades del país, tratando siempre de imitar a Estados Unidos", recuerda Purdy. Recientemente firmó, junto a Waldo Frank, Jean Paul Sartre y Norman Mailer, una defensa de la revolución cubana publicada en el "New York Times" por el Comité de Trato Justo para Cuba. Ahora envía el siguiente cuento para su publicación en "Lunes":

Edmundo Desnoes

—Bueno, es un poco tarde, ¿no es cierto, Mrs. Klein? —dijo una voz sonmolienta.

—Nunca es demasiado tarde, supongo, ¿no es verdad? —preguntó—. No puedo creerlo aunque es cierto que me siento vieja.

—Bueno, usted no es joven —dijo el mismo hombre— En primer lugar tiene demasiados años para estar sentada en el suelo.

—Mi esposo no puede comprender mi punto de vista —explicó— y por eso no puede comprender por qué su nombre no me conviene. Supongo que estuve soltera demasiados años, para entregar mi nombre, tan de repente. Todos me conocen por mi propio nombre y es difícil cambiar ahora, le aseguro. No creo que puedo regresar con él a la casa, a no ser que me permita cambiarme el nombre.

—Te quedan dos minutos —dijo Mr. Klein.

—¿Para qué? ¿Sólo dos minutos para qué? —gritó ella.

—Para decidirte con qué nombre vas a abandonar esta casa.

—Yo sé, señores, cuál es la decisión razonable, y mañana, desde luego, cuando vuelva a estar sobria, sufriré por no haberla tomado.

Volviéndose hacia Klein dijo con simplicidad:

—Tendrás que irte sin mí.

Miró en derredor con prisa, como si buscara una salida, y entonces volvió a verla en el piso.

—Vuelve a tus cabales —dijo Frank Klein sin mucho énfasis.

—Hay cientos con el nombre de Klein en la guía de teléfonos —continuó ella—, pero cuando alguien descubre mi nombre, comprende inmediatamente que yo soy la única mujer que tiene un nombre especial.

—Por Dios, Lois —dijo Frank asumiendo un color verdoso.

—Si me sigo llamando Mrs. Klein, no puedo irme contigo.

—Bueno, déjame levantarte.

Por fin accedió a que él la levantara del suelo.

—No regresaré contigo, pero te pondré en un taxi —le dijo Frank.

—¿No piensas dejarme?

No sabía qué responder. Sabia que cualquier cosa que dijese podría enajenarla. Se quedó de pie con un aire de vacío y locura en los ojos y los labios.

Los demás se habían alejado. El lugar se quedó en silencio. El fonógrafo y la televisión que habían estado puestos todo el tiempo, dejaron de funcionar. La fiesta había terminado y los invitados pedían autos de alquiler desde las ventanas del apartamento.

—¿Por qué no regresas conmigo? —murmuró ella.

De pronto él se alejó hacia la puerta.

—¡Frank! —gritó y algunos hombres se acercaron, comenzando a bromear.

—Se ha ido como un niño, sin pensar en sus responsabilidades —dijo a los hombres en una voz sin matices.

Ella se apresuró a salir, sin esperar a ponerse bien el abrigo.

Una vez afuera, se detuvo en el frío otoñal y tembló. Algunos niños pasaron a su lado disfrazados para las fiestas de **Halloween.**

—¿Está disfrazada de algo esa mujer? —dijo uno de los niños sin mucho interés.

—¡Frank! —Volvió a gritar, luego dijo para sí misma: —La verdad es que no sé lo que está pasando.

Inesperadamente, saliendo detrás de un seto, apareció Mr. Klein.

—No podía decidirme a partir —dijo.

Por un instante Lois pensó en golpearle con el bolso que había tenido la precaución de no dejar atrás, pero sólo se quedó mirándolo.

—¿Te cambiarás el nombre? —insistió ella.

—Seguiremos viviendo como hasta ahora contestó sin mirarla.



—No podemos seguir casados, Frank, con ese nombre entre nosotros, separándonos.

Súbitamente Frank la derribó al pavimento de un golpe.

Permanecieron así durante un minuto, hasta que él volvió a hablar:

—¿Has perdido el conocimiento? —dijo Mr. Klein arrodillándose a su lado—. ¿Dime si estás sufriendo? Creo que te has hecho daño en la cabeza —dijo Mr. Klein arrodillándose a su lado—, ¿Dime si te duele?

—Creo que me has hecho daño en la cabeza —dijo Lois apoyándose en su codo.

—Por poco me vuelves loco —dijo sin dejar de hacer sonidos extraños con la boca—. No sabes lo que representa que le ridiculicen a uno el nombre de esa forma. Eres cruel, Lois.

—Nos podríamos cambiar el nombre los dos —aventuró a decir ella.

—¿Por qué me torturas de esta manera? ¿Por qué no puedes controlar tu capacidad para torturar a los demás?

—Entonces dejaremos de pensar en ello, regresemos a casa —dijo Lois con una voz fría pero reconfortante—. Creo que voy a enfermarme —advirtió.

—Regresemos a casa —replicó Frank con una voz estúpida.

—Está bien que me llames Mrs. Klein esta noche, ya mañana hablaremos —dijo ella dejándose caer de nuevo en la acera.

Unos jóvenes de una tienda de comestibles que estaban efectuando un inventario, pasaban por allí y preguntaron si podían ser de alguna utilidad.

—Mi esposa se cayó. Pensé que estaba bien. Hace sólo unos segundos me hablaba.

—¿Su esposa, dijo usted? —El más joven de los muchachos preguntó mientras se inclinaba hacia la mujer.

Mrs. Klein —dijo Frank.

—Usted es Mrs. Klein, ¿no es cierto?

—No comprendo —dijo el mayor de los muchachos— Usted no parece ser su esposa.

—Llevamos seis meses de casados.

—Creo que debían llamar a un médico —dijo el más joven—, la boca le está sangrando.

—Le tuve que pegar en la fiesta —dijo Frank.

—¿Cómo dijo que se llamaba? —preguntó el mayor.

—Mr. Klein, ella es Mrs. Klein —les informó Frank.

Los dos hombres de la tienda se miraron.

—¿Usted la empujó? —dijo uno de ellos.

—Sí —contestó Frank—. Porque no quería llamarse Mrs. Klein.

—Están borrachos —comentó uno de ellos.

Lois recobró el sentido: —Frank, tendrás que llevarme a la casa. Algo me anda mal en la cabeza. Dios mío —comenzó a gritar—, tengo un dolor terrible.

Frank la ayudó a incorporarse.

—¿Es este su esposo? —preguntó uno de los jóvenes.

Ella hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿Cuál es su nombre? —inquirieron.

—¿Qué les importa? —dijo ella.

—¿Es usted Mrs. Klein? —preguntó.

—Vamos, no podemos mezclarnos en esto —dijo el más joven—. Me importa un comino el nombre que tengan.

Bueno, yo no me llamo Mrs. Klein, y yo no sé quiénes son ustedes —dijo Lois.

Inmediatamente después golpeó a Frank con la cartera y él se fue a dar contra la pared del edificio, sorprendido.

—Búscame un auto de alquiler, hijo de perra —dijo ella— ¿No ves que estoy sangrando?

TRES RETRATOS

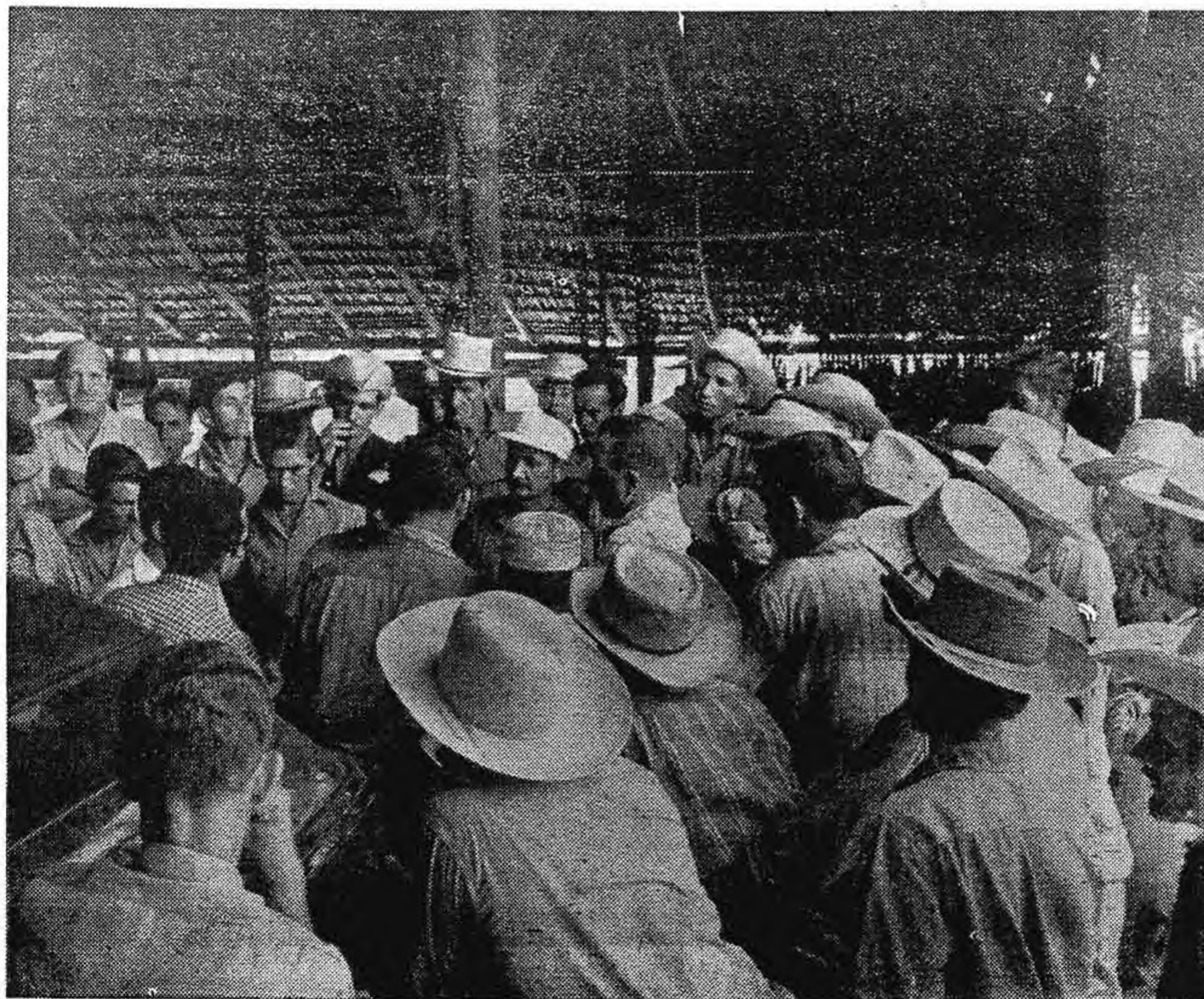
(FRAGMENTOS DE "CUBA: Z. D. A.")

1 — LÁNIEL

2 — "SPRINGFIELD"

3 — GUÁRA

por lisandro otero



GUILLERMO: Estos son los datos para la presentación de estas cuartillas que me pediste.

TRES RETRATOS (Fragmentos)

El libro se llama CUBA: Z. D. A.

Estos tres retratos son fragmentos tomados de tres capítulos.

LÁNIEL está tomado del capítulo "Felicidades en Cuba Libre" SPRINGFIELD está tomado del capítulo "Mosaico, Opus 4" GUARA está tomado del capítulo "Z. D. A. — L. V. 13"

El libro es un reportaje, ni más ni menos: un testimonio evitando la racionalización y dejando que los hechos hablen por si mismos.

Es una muestra representativa —exhaustiva sería imposible— de lo que es la Reforma Agraria en Cuba, el espíritu de las gentes que la mueven: una cala que muestra hasta dónde se ha enraizado la Revolución.

Estará publicado, si la imprenta funciona, en la primera semana de mayo.

Eso es todo. Lisandro

1 Todas las tardes a las siete y media un programa radial es dedicado a las Tiendas del Pueblo por la Sección de Divulgación y Propaganda del INRA.

Al frente de la Sección está Felipe Laniel. Usa boina, un "jacket" marrón, pantalones abombachados de cuadros menudos y zapatos de dos tonos. En la boca, siempre, un tabaco. Laniel se acerca al micrófono: "Muy buenas noches, queridos radioescuchas, aquí estamos con ustedes . . . " De fondo una gitarra y las doce cuerdas del laúd.

Se adelanta un hombre cincuentón, peinado de canas. "Aquí se acerca el vate inigualable..."

"Barata la mercancía en cualquier Tienda
se encuentraaa
y así el campesino entra de lleno en la
economíaaa . . . "

En un estudio pequeño con docenas de sillas casi inservibles. Ocho o diez jóvenes se encuen-



tran en el local. Uno grita: "¡Que viva Calzadilla!" Es un sincero homenaje a su trovador predilecto.

Laniel vuelve al micrófono mascando su tabaco: "Las utilidades de la Tienda del Pueblo se invierten en las cooperativas". Y llama a otro trovador "¡Arriba, poeta que todo Matanzas te escucha!"

"Con sincera cortesía se exige que se le atiendaaa
y con lo que se le venda puede marcharse tranquilo.
pues no se le roba un kilo en la cuenta de la Tiendaaa".

En las paredes del estudio hay dibujos de mujeres con anchas caderas y senos generosos, todas llevan un pañuelo en la cabeza y maracas en la mano.

"Y ahora traemos aquí a nuestro invitado especial de esta noche, el conocido poeta habanero Ezequiel del Alma".

Ezequiel es un mulato de pelo envaselinado. Viste un saco color crema con una corbata morada. Lleva unos mocasines negros muy brillosos y gastados. Ezequiel anuncia su comparecencia el domingo próximo en una fiesta en Madruga. Al escuchar esto Laniel se ladea la boina en un gesto rápido y sale de estampida hacia el micrófono: "¡Asistiremos, poeta!", dice casi gritando. "Será bienvenido, contesta Ezequiel del Alma.

"El campesino vivía con la carreta atascada . . . "

Cuando Ezequiel termina de desgarrar su espíritu ante el micrófono uno de los jóvenes del estudio hace señas y Laniel capta en seguida: "Y aquí tenemos a Bartolo Hernández que quiere enviarle un saludo a su novia Manolita".

A las ocho concluye el programa y Laniel se despide hasta el siguiente día. El laúd y la gui-



tarra se entrecruzan en un encaje cromático. Ha terminado un espacio de divulgación y propaganda.

2 —¡Yo soy "Springfield",! pregúntele a cualquiera que me conozca y le dirá lo que puedo hacer con un rifle.

Porque "Springfield" sí puede decirlo bien dicho: se alzó porque los soldados estaban dando mucho golpe y al que no le daban su "planazo" lo mataban. "Que era tanto más pior".

—Por lo que uno se alegraba del verdugón que era menos que la paletada de tierra.

También se alzó porque Fidel es de Birán y él es de Mayarí y estando cerca los pueblos era una pena que no hubiese alzados por allí.

—Los vecinos son para socorrerse en la desgracia.

Una tarde, terminado el trabajo del día, "Springfield" fue a dormir a casa de su hermana, que era mujer de un soldado.

Fueron a la cama temprano. Por la madrugada "Springfield" se deslizó hacia el cuarto de al lado y le robó el rifle a su cuñado.

Amanecía cuando sus pies descalzos iban aplastando con rapidez los terrones del camino. Hacía fresco y había olor a jazmín y las plantas estaban cubiertas de rocío todavía.

Cerca del crucero se encontró con sus cuatro amigos.

Todos iban a seguir a Fidel. "Springfield" tenía un rifle. Crisanto había podido conseguir un revólver vizcaíno. Eso era todo. Habían buscado una mula con dos lecheras para ocultar las armas. Desarmaron el rifle, lo escondieron en el recipiente. Echaron a andar.

Los cinco hombres y la mula componían un retablo de sombra negra, proyectados a contra luz sobre el ocre de la tierra.

Todavía hacía fresco pero empezaban a sudar. El puesto de la rural estaba cerca. Se dividieron en dos grupos. Primero iban "Springfield" y la mula y dos más. Luego se adelantarían los dos muchachos. Eran los más jóvenes.

Desde el cuartelito los soldados le hicieron señas de detenerse. "Springfield" encendió un cigarro. Le preguntaron de dónde venía, a dónde iba, si tenía hermanos, cómo se llamaban. Un guarda rural le pasó la mano por el lomo a la mula; muy cerca de la lechera con el rifle.

—Está gordo el animal, ¡Eh!

Pasaron.

Un rato de camino después —ya iban por la punta de la loma— "Springfield" vio venir a los muchachos. Los rurales le hicieron la misma seña.

—Yo no sé qué pasó. Se pusieron nerviosos o algo.

"Springfied" los vio corriendo a través de un potrero y los rurales, detrás, disparaban.

Le dio un tirón a la mula y con los otros dos se perdieron cuesta abajo.

Aquellos nunca llegaron.

—De seguro que quedaron enterrados allí mismo en el potrero.

Luego "Springfield" le sacó filo, contrafilo y punta a su rifle y no le llamaron unnca más y punta a su rifle y no le llamaron nunca más le llamaban "Springfield, apunta y tumba".

Después vino lo del balazo en la pierna que lo hizo caminar desde Palma Soriano a Sagua de Tánamo. Pero eso sucedió cuando ya la guerra estaba extendida a toda Cuba y es otra historia larga de contar.

—Yo soy "Springfield", pregúntele al que me conozca.

Con su pelo rizado y sus ojos rasgados y la gorra calada hasta las cejas, "Springfield" maneja un "jeep" en la Sierra Maestra: se deja caer en las pendientes y pisa el acelerador hasta la tabla en las cuestas. La guerra ahora es la Reforma Agraria.

"Springfield" piensa a ratos en la mula que se le puso coja en la montaña y hubo que matarla. Piensa también en los dos muchachos que se pusieron nerviosos.

—Eran buenos amigos. Habrían sido buenos soldados.

Crisanto murió más tarde en un combate.





3 Guara conduce el auto con audacia. El velocímetro marca sus últimas cifras mientras Guara se escurre entre vehículos que avanzan en direcciones opuestas; dejando atrás a los que marchan más lentamente; avanzando, avanzando siempre. Guara es el chofer del Capitán Bravo y sabe obtener el mejor partido de los seis cilindros del Chevrolet. Hay en sus manos seguridad, conciencia. Es un valladar contra el pánico.

Guara sabe conducir bien porque ha estado haciéndolo muchos años por estas mismas carreteras. Cuando Bravo quiere mortificarle un poco le llama "botero". Y es verdad que Guara era "botero": un chofer de alquiler que realiza un servicio interurbano cobrando una tarifa inferior a la del servicio de ómnibus.

—Con el buen negocio que hacías de "botero" —dice Bravo.

—Sí, tan buen negocio que tuve que alzarme —responde Guara.

Pero Guara no se alzó sólo por el hambre que pasaba. Había en él un marcado sentido de lo que es injusticia social.

Cuando llega a un cruce de caminos Guara lo atraviesa ahora a gran velocidad. No tiene que detenerse mucho porque sus ojos acostumbrados a ver clientes en espera distinguen rápidamente cuándo el camino está expedito y cuándo un vehículo en marcha amenaza el cruce.

Guara recuerda con tristeza sus años de "botero".

—Hace dos días que camino y no he podido encontrar trabajo. Sólo tengo uno cincuenta. ¿Me puede llevar hasta Camagüey por eso? Me queda medio peso para comer y no sé cuándo volveré a mi casa.

Era en el Tiempo Muerto cuando los guajiros se lanzaban a la conquista del hambre.

Año tras año salían derrotados.

Terminada la zafra, con todos los centrales paralizados, sin corte de caña en los campos, el guajiro se lanzaba errante en busca de algo que le permitiera sobrevivir durante ocho meses hasta conectarse de nuevo con el sobre de la paga de la próxima zafra. Este tráfico entre provincias, entre pueblos, lo realizan los "boteros".

Guara recuerda que en un viaje a Camagüey pasó por las arroceras del Senador Aguilera. El capataz le dijo que llevara allí a todos los campesinos que pudiera, eran muy necesitados.

Guara llegó una semana más tarde con su auto atestado de hombres. El capataz se fingió indiferente. No, no necesitaba gente, quizás más adelante, si volviesen en un mes. Pero no podían pagar el retorno. Tenían que quedarse allí. Bueno, en ese caso las condiciones eran tales y tales. Los guajiros aceptaban.

Las condiciones incluían el alojamiento en barracones, la paga de dos pesos diarios de los cuales le descontaban un peso por una comida inmunda, y el trabajo en las arroceras con el agua hasta la cintura un número ilimitado de horas al día que podía ascender a doce o catorce.

Guara se sentía asqueado pero no tenía alternativa.

Otras veces se encontraba con un guajiro en el camino:

—Hace dos días que no como, estoy caminando de colonia en colonia y no encuentro trabajo. No puedo pagarte pero ¡por tu madre, llévame de nuevo a mi casa!

Guara no podía negarse. En el viaje probablemente no había ganado ni para el gasto de la gasolina, pero lo llevaba gratis. La caridad es más fácil de encontrar entre los humildes.

Cuando llegaban a un pueblo y Guara se sentaba a comer, veía los ojos del guajiro mirándole desde la ventanilla del auto estacionado. No podía soportarlo. Le compraba una papa rellena o una frita.

Al estallar la insurrección, Guara no dudó un instante: se fue con los guerrilleros. Ahora pertenece al Ejercito Rebelde.

Avanzamos por la carretera a Zulueta. Hay pocos campesinos aguardando a los "boteros" en el camino. Guara sonríe satisfecho y hunde el pie en el acelerador.

director: guillermo cabrera infante
sub-director: pablo armando fernández
layout y emplanaje: tony évora y guerrero



